

El único y su interlocutor

I

Las cartas de Mallarmé son de un interés a menudo extraordinario. En algunos de sus años de Tournon o de Besanzón, ante todo, ha producido, sobre sus exploraciones hasta los confines del espíritu y de la materia, la poesía como la concibe y los poemas que entonces intentaba escribir –de entre ellos, dos de los mayores, *Herodías* y *El fauno*– algunas informaciones que nada de su obra propiamente dicha puede reemplazar, ni siquiera dejar prever. Y no sólo formula así un pensamiento tan novedoso como profundo, sino que señala su aparición, peripecias, angustias, fotografiando un drama del intelecto del que *Brindis fúnebre* –su único poema un tanto explícito– no habrá de enunciar sino el desenlace, de aparente serenidad, cinco o seis años más tarde ¡Qué violencia, entonces, y cuánta audacia a la vez, hubo en ciertos momentos de esta búsqueda! Sólo *Igitur* nos sugiere su intensidad. Pero también este relato resulta confirmado por las cartas, y puede ser leído como lo que nos resistiríamos a reconocer: la relación fiel y precisa de una experiencia vivida.

No dudemos en decirlo: algunas páginas de esta correspondencia llegan tan lejos, en el choque de la condición humana con sus propios límites, como aquéllas que Pascal cosió en el dobladillo de su jubón; o como la carta tan rica de grandes y nuevas intuiciones que Rimbaud escribió a Paul Demeny, más o menos por la misma época en que Mallarmé, durante la historia a menudo crítica de la poesía de Occidente. Y además, Mallarmé pide que un testimonio tan tocante sea completamente accesible.

Tal fue el caso, entonces, que se dio en años recientes, aunque no con la facilidad que correspondía. Desde 1959, gracias al trabajo emprendido por Henri Mondor con el concurso de Jean-Pierre Richard, luego concluido, tras un largo esfuerzo, por Lloyd J. Austin, con una constancia y un rigor admirables, la totalidad de las cartas conocidas pudo ser publicada. De ello resultaron doce gruesos volúmenes, en cuyo seno la cuestión de la poesía sólo raramente predomina, si exceptuamos los años de juventud. Se imponía, pues, una selección que, *a priori*, se podía estimar difícil.

Felizmente, dos hechos igualmente evidentes aportan a este problema una solución simple. Por una parte, una mínima ojeada a las cartas de Mallarmé que exponen sus reflexiones, revela que no se puede, en absoluto, separar lo allí expuesto del resto de sus escritos sobre eventos cotidianos. Existen los pasajes en que la poesía es la única preocupación, y tiene un relieve a veces fulgurante, pero en cuanto intentamos comprender su exacto sentido, aparecen otros pasajes, que también hemos de tener en cuenta, donde los grandes pensamientos sobre la poesía se dan como metáforas o metonimias de lo cotidiano, que por desdicha Mallarmé no puede olvidar y evoca incessantemente. Genoveva recién nacida que lo incita a reflexionar de manera novedosa sobre el lenguaje, su oficio constantemente detestado, la naturaleza del entorno —que sólo tiene Ardèches, según Mallarmé, siendo que el arte tiene Partenones—, todo es materia de meditación y medio de meditación, y es necesario que tomemos consciencia de ello, y en la selección que se haga de sus cartas sobre la poesía nada ha de sacrificarse.

Y aunque parezca volver imposible la empresa, el otro hecho evidente es que sólo en las cartas anteriores al otoño de 1871 —el momento de su llegada a París— Mallarmé hace saber a algunos amigos los eventos de su pensamiento y su vida cotidiana. En 1871, Cazalis o Lefébure, que eran los más importantes allegados, desaparecen de la correspondencia, porque uno se muda a la vecindad y con el otro se pelea. Y en cuanto a los nuevos interlocutores, ahora numerosos y a menudo episódicos, tienen derecho, por razones que ya intentaremos entender, sólo a consideraciones sobre ellos mismos o, si se trata de poesía, a observaciones simples y breves que nada tienen que ver con el resto de la carta o con cualquier otro aspecto de Mallarmé, quien parece cuidarse, en esa época, de no hablar de sí mismo cuando habla de poesía.

He aquí la solución del problema. En este volumen que recoge las cartas escritas hasta dicho momento de 1871 está cuanto nos interesa de la poética mallarmeana y corresponde al primer tomo de la edición Mondador-Austin, aumentado por los hallazgos de Lloyd Austin publicados posteriormente. Se añaden a este testimonio esencial algunas cartas o fragmentos de cartas en las que Mallarmé se detuvo después, y de modo puntual, sobre el tema de la poesía. Esta segunda parte es una antología y no otra cosa, pero donde casi nada es prescindible. La tarea de selección fue muy bien cumplida por Bertrand Marchal.

II

Haré ahora algunas observaciones sobre el contenido de las cartas y especialmente sobre el cambio de épocas, que revela, seguramente, bastante más que un cambio de amistades.